

Exilios y Quijotes en *El callejón de Cervantes*¹

Jorge Ladino Gaitán Bayona²

Profesor de Literatura de la Universidad del Tolima, Colombia.

Preámbulo

En *Cartas a un joven novelista*, Mario Vargas Llosa señala que el alimento de la ficción es la propia existencia del escritor, criatura similar al Catoblepas, “ese mítico animal que se le aparece a San Antonio en la novela de Flaubert (*La tentación de San Antonio*). El catoblepas es una imposible criatura que se devora a sí misma, empezando por sus pies” (1998, p. 23). La “devoración de sí mismo” tiene amplias posibilidades, desde las vivencias hasta las lecturas que dejan huellas y obligan a la escritura:

Escribir novelas sería equivalente a lo que hace la profesional que, ante un auditorio, se despoja de sus ropas y muestra su cuerpo desnudo. El novelista ejecutaría la operación en sentido contrario. En la elaboración de la novela, iría vistiendo, disimulando bajo espesas y multicolores prendas forjadas por su imaginación aquella desnudez inicial, punto de partida del espectáculo. Este proceso es tan complejo y minucioso que, muchas veces, ni el propio autor es capaz de identificar en el producto terminado esa exuberante demostración de su capacidad

1 Este ensayo corresponde a una ponencia del 31 de julio de 2012 en la Universidad del Valle, Colombia, en el marco de las X Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA). La ponencia se presentó, igualmente, el 10 de octubre de 2012 en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, durante el XVII Congreso Nacional y I Internacional de Lingüística, Literatura y Semiótica.

2 Autor de los libros de poemas *Manicomio Rock* (2009), *Buzón de naufragios* (2012), *Baladas para el ausente* (2013), *Cenizas del bufón* (2014) y *Estado de coma* (2015). Coautor de: *La novela del Tolima 1905-2005*, bibliografía y reseñas (2008); *Cien años de novela en el Tolima 1905-2005* (2011); y *Cuentos del Tolima*, antología crítica (2011). Profesor asociado de la Universidad del Tolima, institución donde obtuvo la licenciatura en lenguas modernas. Doctor en Literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

para inventar personas y mundos imaginarios, aquellas imágenes agazapadas en su memoria –impuestas por la vida– que activaron su fantasía, alentaron su voluntad y lo indujeron a pergeñar aquella historia (p. 22).

Narrar es un “striptease invertido” (p. 22), un curioso juego de seducción y provocación. Aunque se oculte el yo biográfico en la ficción, hay huellas que delatan la paternidad del escritor, como un examen de ADN o los rastros de un asesino en el cuerpo de su víctima. ¿Cuántos desajustes con la realidad y desencantos no han sido caldo de cultivo de las grandes creaciones de la humanidad? Al respecto Emil Cioran indica: “Fracasar en la vida es acceder a la poesía” (1997, p. 126).

Las consideraciones anteriores cobran sentido al leer *El callejón de Cervantes* (2011). La novela del colombiano Jaime Manrique recrea la vida de Cervantes, su gusto por la poesía y el teatro, exilio, deambular por Italia, cautiverio en Argel y retorno a España. La suma de sus sueños truncos, su errancia y memoria desembocaron en *Don Quijote de la Mancha*, obra curiosa en su juego con el asunto de la autoría: un narrador que cuenta una historia, a partir de lo traducido por un moro de los manuscritos árabigos de Cide Hamete Benengeli, manuscritos donde *Don Quijote* y *Sancho* escuchan a personajes que dan cuenta de Cervantes, sus libros, cautiverio, burlas y apropiaciones de un enigmático Alonso de Avellaneda. En fin, la literatura frente a la vida como un búmeran poderosamente fiel en su eterno retorno, letal y sublime en su filo.

Si al leer el *Quijote* pareciera que “Cervantes estuviera todo el tiempo entrando y saliendo fugazmente de su propio libro” (Borges, 2005, p. 4) resulta significativo encontrar un colombiano entrecruzando biografía y novela para contar que el *Quijote* empezó a escribirse no en una cárcel española luego de que Cervantes regresara del cautiverio (como se refiere en el prólogo de la primera parte de *Don Quijote*).

te de la Mancha), sino tiempo atrás, no desde las páginas sino desde las vivencias, cuando el autor español, joven, enamorado y sediento de gloria, emprendió en 1569 un viaje desde los senderos de La Mancha a tierras extranjeras.

Entre la huida de España por una sentencia en 1599 que condenó a Cervantes a diez años de destierro y perder la mano derecha, y su retorno e instalación nuevamente en tierra patria -irónicamente con la mano izquierda lisiada por la Batalla de Lepanto contra los turcos- se generaron diálogos interculturales y aprendizajes en el arte de contar historias que derivaron en el clásico de clásicos de la lengua castellana. La novela de Jaime Manrique cuenta el Quijote antes del Quijote, un Quijote configurado entre el periplo del hombre que huye de su patria por no perder una mano y el que regresa a ese mismo lugar con la otra mano hecha muñón. Previo a la indagación de estas cuestiones, es necesario un entremés para indicar algunos aspectos sobre el autor cautivado por Don Quijote y el más famoso de todos los mancos.

Jaime Manrique: De la diáspora propia y la ajena

Jaime Manrique (Barranquilla-Colombia, 1949) llega a Nueva York en 1977 para tomar talleres de creación literaria bajo la dirección de Manuel Puig en la Universidad de Columbia. En dicha ciudad fija su residencia desde 1980. Morar en una patria de nacimiento y en una patria de adopción es una condición evidente también a nivel de lenguas, en tanto ha escrito en español e inglés. En castellano publicó el libro de poemas *Los adoradores de la luna* (1975), la novela *El cadáver de papá* (1978), *Notas de cine: confesiones de un crítico amateur* (1979) y los libros de poemas *Mi noche con Federico García Lorca* (1995), *Mi cuerpo y otros poemas* (1999) y *Tarzán, Mi cuerpo, Cristóbal Colón* (2000). En inglés aparecieron originalmente sus novelas *Colombian Gold: A Novel of Power and Corruption* (1983, Oro

colombiano: una novela sobre poder y corrupción), *Latin Moon in Manhattan* (1995, Luna latina en Manhattan), *Twilight at the Equator* (1997, Crepúsculo en el Ecuador), *Our Lives Are the Rivers* (2006, Nuestras vidas son los ríos) y *Cervantes Street* (2011). Esta última traducida por Juan Fernando Merino bajo el título de *El callejón de Cervantes*. En inglés publicó su libro de memorias *Eminent Maricónes: Arenas, Lorca, Puig, and Me* (1999, Maricónes eminentes: Arenas, Lorca, Puig y yo). Entre sus reconocimientos se destacan el Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus en 1975 por su libro *Los adoradores de la luna* y el Premio Internacional a Libro Latino como mejor novela histórica en el 2007 por *Nuestras vidas son los ríos*. Desde la década del ochenta se desempeña como profesor en la Universidad de Columbia.

Más allá del acto físico de migrar, desajustes emocionales y melancolías, habría que pensar en las posibilidades simbólicas del viaje. Este proporciona encuentros con otras sensibilidades estéticas y visiones de mundo: “el viaje es una invitación al asombro (...) la fuente de energías, de contenidos para transformar la cotidianidad pasando de la rutina desgastadora al rito” (González Rodríguez, 1999, p. 23). Rito que, en el caso de Jaime Manrique, implica no sólo su enriquecimiento cultural tras la llegada al contexto norteamericano, sino también los viajes que, desde la propia ficción, emprende hacia la historia de la América Andina a inicios del siglo XIX -en su novela *Nuestras vidas son los ríos* cuya protagonista es Manuela Sáenz- y hacia Europa y África en los siglos XVI y XVII, justamente los espacios deambulados por Miguel de Cervantes Saavedra, el protagonista de *El Callejón de Cervantes*.

El callejón de Cervantes: “La gloria como poeta o la gloria como soldado”

En 350 páginas, *El callejón de Cervantes* (2011) recrea con intensidad la vida de Miguel de

Cervantes Saavedra, un personaje problemático y apasionado. Su existencia estuvo marcada por la aventura, guerra, exilio, traiciones y rivalidades con la sociedad literaria de su tiempo. Cervantes se debate aquí entre “la gloria como poeta o la gloria como soldado” (Manrique, 2011, p. 21). Varias de las reflexiones que el protagonista establece frente a ambos oficios son afines a las digresiones que figuran en el capítulo XXXVIII de la primera parte del clásico español (“Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras”). La novela tiene al inicio una “Nota al lector”: “El callejón de Cervantes es una novela sobre la vida de Miguel de Cervantes Saavedra y sobre la apropiación que Alonso Fernández de Avellaneda hizo de la primera parte del Quijote” (2011, p. 13). El texto narrativo, además de referencias y homenajes a autores célebres del Siglo de Oro Español, tiene conexiones intertextuales con Don Quijote de la Mancha, el prólogo de las Novelas ejemplares y algunas escenas del teatro cervantino.

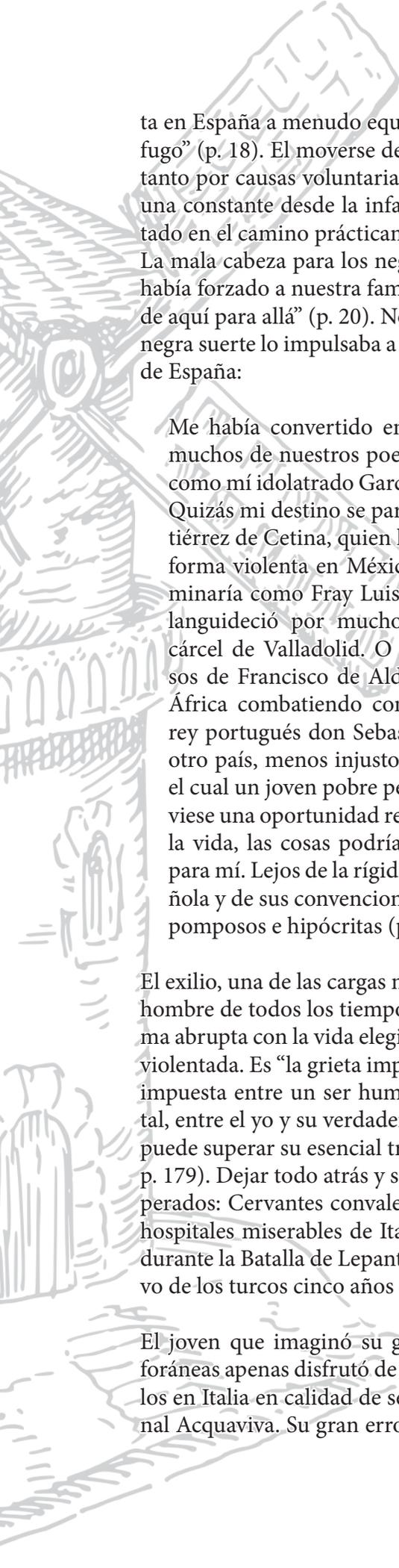
La novela se divide en dos libros a semejanza del Quijote. En ellos se intercalan dos niveles de narración, ambos en primera persona: una es la voz de Cervantes y otra es la de un amigo devenido en enemigo, Luis Lara, a quien la ficción del colombiano atribuye la autoría del Quijote apócrifo publicado en 1614. Este último, a pesar de su enorme fortuna y orgullo de ser cristiano viejo, muere solo, enfermo y desquiciado por sus celos frente a Cervantes, quien habría de superarlo no sólo en las letras sino en el amor de una mujer: Mercedes.

A semejanza de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra y “en un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero” (2008, p. 27), la novela de Manrique también presenta a su protagonista en esa misma zona de España:

Amparado por un cielo sin luna y con las estrellas como única guía, cabalgaba por un sendero de La Mancha. Mientras ga-

lopaba por la oscura planicie la angustia se agitaba en mi pecho como una vela de barco que ondea en medio de la tormenta. Clavé las espuelas en el caballo y con el látigo fustigué sus ancas. Mi montura resoplaba; el martilleo de los cascos sobre el suelo guijarroso perforaba la quietud del campo manchego haciendo eco en mi cabeza con dolorosa intensidad. Con gritos de “ale, ale” incitaba a mi seamental a que galopara más veloz, con la esperanza de distanciarme del alguacil y sus hombres (Manrique, 2011, p. 17).

Hay poeticidad en la novela: símiles, prosopopeyas e imágenes diversas. El estilo es ágil, vertiginoso, con frases cortas y contundentes que dan nitidez a la atmósfera y atrapan al lector, vehiculando una historia de peligros y tensiones espirituales. La puerta de ingreso a la ficción de Jaime Manrique es el Cervantes prófugo de la justicia en 1569. En una riña de taberna hirió a Antonio Sigura, quien lo ofendió diciendo: “Su padre es un apestoso judío y un exconvicto, y su hermana es una puta” (p. 17). A la mañana la sentencia estaba promulgada: “Perdería la mano derecha y sería desterrado del reino por diez años” (p. 18). Cervantes no aceptó la pena: “Prefiero degollarme antes que vivir como un inútil” (p. 20). No quedó otro camino sino la huida pues, ante las autoridades, tenía una triple condición de marginal: poeta; de familia pobre en la cual el padre fue presidiario y la hermana amante; y, para agravar la situación, cristiano nuevo. Esta última condición equivalía a que en su tradición familiar había sangre judía. Aunque generaciones atrás se abraza el cristianismo a través del bautismo, los cristianos nuevos son vistos en condición de inferioridad por una España contrareformista. Son “inferiores” en comparación a los cristianos viejos, quienes podían demostrar que en su sangre no existían mezclas con judíos. De ahí la angustia del personaje “como una vela de barco que ondea en medio de la tormenta” (p. 17), obligándolo a cabalgar por los senderos de la Mancha y escapar a Italia con la ayuda de gitanos. Pensaba que “un poe-



ta en España a menudo equivalía a ser un prófugo” (p. 18). El moverse de un lado a otro, no tanto por causas voluntarias sino forzosas, fue una constante desde la infancia: “Yo había estado en el camino prácticamente toda mi vida. La mala cabeza para los negocios de mi padre había forzado a nuestra familia a estar siempre de aquí para allá” (p. 20). No era anómalo si la negra suerte lo impulsaba a huir dentro o fuera de España:

Me había convertido en lo que fueron muchos de nuestros poetas: un exiliado, como mi idolatrado Garcilaso de la Vega. Quizás mi destino se parecería al de Gutiérrez de Cetina, quien había muerto de forma violenta en México; o tal vez terminaría como Fray Luis de León, quien languideció por muchos años en una cárcel de Valladolid. O seguiría los pasos de Francisco de Aldana, muerto en África combatiendo con el ejército del rey portugués don Sebastián. Quizás en otro país, menos injusto, en un lugar en el cual un joven pobre pero talentoso tuviese una oportunidad real de avanzar en la vida, las cosas podrían ser diferentes para mí. Lejos de la rígida sociedad española y de sus convencionalismos huecos, pomposos e hipócritas (p. 21).

El exilio, una de las cargas más traumáticas del hombre de todos los tiempos. Romper en forma abrupta con la vida elegida y caer en la vida violentada. Es “la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza” (Said, 2005, p. 179). Dejar todo atrás y sufrir caminos inesperados: Cervantes convaleciente dos años en hospitales miserables de Italia tras las heridas durante la Batalla de Lepanto; Cervantes esclavo de los turcos cinco años en Argelia.

El joven que imaginó su grandeza en tierras foráneas apenas disfrutó de unos años tranquilos en Italia en calidad de secretario del cardenal Acquaviva. Su gran error fue abandonar la

comodidad en Italia para enrolarse en la Batalla de Lepanto. Entre el poeta y el soldado, el segundo le hacía hervir la sangre. El día de la pérdida de su mano, ni siquiera tenía por qué combatir. A raíz de una alta fiebre y vómito, su superior le ordenó quedarse bajo cubierta en la embarcación. Su respuesta fue contundente: “-Vuestra merced- le dije al capitán Murena-, yo me uní a las fuerzas del rey para cumplir con mi deber, y preferiría morir por Dios y por España que sobrevivir a la batalla sin haber combatido” (p. 88). El heroísmo y el honor en la frase no son exclusiva invención del escritor colombiano, corresponden –con diferencias de tono y del registro en la lengua castellana– a testimonios escritos en archivos históricos, tomados un 17 de marzo de 1578 a varios alféreces españoles que estuvieron a bordo de La Marquesa, quienes presenciaron el discurso y el coraje de Cervantes (léase, por ejemplo, Cervantes, biografía razonada, de Manuel Lacarta, 2005).

Jaime Manrique se nutrió de una rica base enciclopédica para aproximarse al contexto histórico de la obra y los consensos de varios biógrafos de Cervantes. Muchas circunstancias de la novelas son recreaciones de biografías, otras son invención del novelista. El lector se sumerge en el mundo narrado, suspende toda incredulidad y siente la historia verosímil porque no es una simple excusa para conocer la vida del autor de Don Quijote de la Mancha. El texto novelístico es ameno en su relato, bello en su tratamiento artístico y en su entramado intertextual con la obra de Cervantes y poemas del Siglo de Oro Español.

Las páginas sobre Cervantes en combate resultan cautivantes por el nivel de visibilidad de la palabra. Se cuentan las horas previas, el enfrentamiento con los turcos y una victoria ruidosa con cientos de españoles lisiados. Se narran con nitidez las tensiones, movimientos de las naves de ambos bandos, disparos cruzados y combates cuerpo a cuerpo cuando los españoles abordaron galeras otomanas, combates en los que Cervantes embraveció su espíritu:

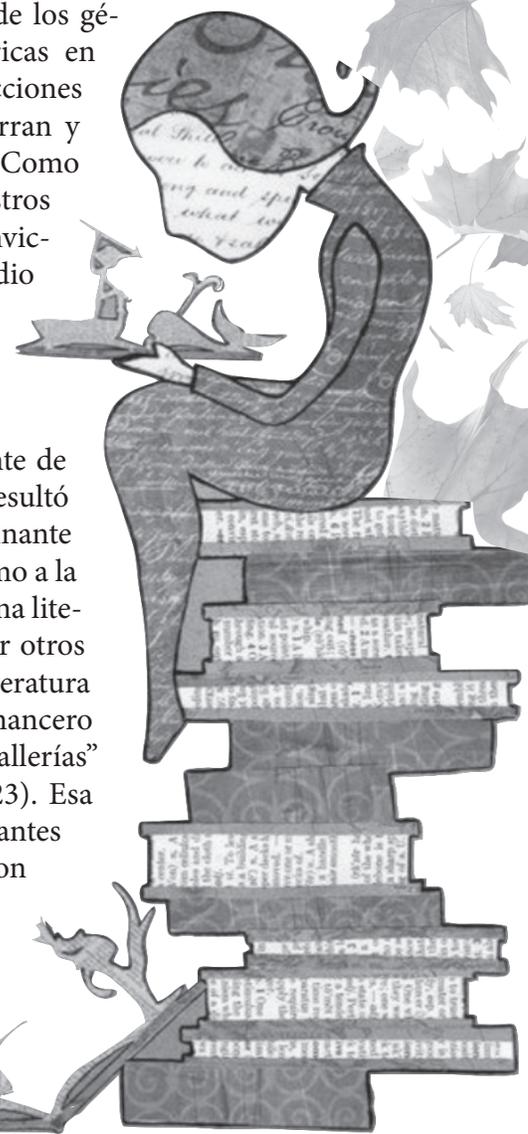
“Me convertí en millares de hombres, invulnerable, tan alto y temible como los cíclopes” (Manrique, 2011, p. 90). En medio de su frenesí llegaron los proyectiles que le recordaron su fragilidad humana: “Ya había dado muerte a un buen número de turcos cuando un disparo destrozó por completo mi mano izquierda, dejando salidos y al descubierto los huesos [...] Luego un impacto en el pecho me envió hacia atrás con pasos vacilantes” (p. 91). La escena luce, en dichos instantes, como uno de los posibles embriones de lo que sería el discurso de las armas y de las letras en el capítulo XXXVIII de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*: “...Sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina)” (Cervantes, 2008, p. 397).

Tras la penosa recuperación en Italia y la mano izquierda lisiada, llegó un infierno peor meses después. Corsarios argelinos atacaron la nave donde su hermano y él arribarían a suelo patrio. Fueron cinco años cautivo en Argel, “capital de la trata de esclavos en el norte de África” (Manrique, 2011, p. 108). Sufrió hambre, humillaciones y la violencia del desierto. Pensaba que “el tiempo, con su paso de caracol, era el instrumento de tortura más pernicioso” (p. 164). Todo el horror de un hombre reducido en su libertad se cuenta con precisión en los detalles. Hasta los elementos naturales son verdugos encargados de afectar la dignidad de los cautivos: el calor del día y el frío de la noche en el desierto se padecen en el relato como si las palabras pudieran quemar y luego helar.

En medio de la devastación moral, las penurias del exilio mutado en esclavitud, la novela plantea que ante la tragedia la única redención posible es el arte: los poemas de Cervantes y sus descubrimientos de insólitas formas de narrar por parte de “contadores de historias turcos en el souk” (p. 166). Como si fueran hijos de *Sherezada*, espantaban por un rato la barbarie y la

miseria. Ellos narraban amores que desafiaban convencionalismos, aventuras inolvidables y hechos mágicos. Preciso es recordar que, aunque *Las mil y una noches* solo se conociera en Occidente hasta 1704 publicada en sus seis volúmenes por Antoine Galland, muchos de los relatos circulaban oralmente en Oriente desde el Medievo. La imagen de contadores de historias en medio del desierto había obnubilado en la antigüedad al mismo Alejandro Magno, según refiere Jorge Luis Borges en su conferencia “Las mil y una noches”, incluida en el libro *Siete Noches* (1998).

La novela de Jaime Manrique sugiere que Cervantes, gracias a esas vivencias duras, configuró una sensibilidad especial para imaginar su obra cumbre. Como español y cristiano nuevo conocía tradiciones literarias del Barroco: teatro de corrales, mística, ascética y picaresca. Como hombre en tierras de árabes y turcos descubrió sensibilidades estéticas ajenas a las camisas de fuerza de los géneros literarios, ricas en hechizos y seducciones con relatos que narran y versifican a la vez. Como hombre de ancestros judíos tenía la convicción de que, en medio de peregrinajes y exilios, la única morada digna es la palabra y el libro. Ser descendiente de judíos conversos “resultó un hecho determinante tanto en su vida como a la hora de optar por una literatura inspirada por otros criterios que la literatura dominante: el romancero o los libros de caballerías” (Lacarta, 2005, p. 23). Esa capacidad de Cervantes para incluir en *Don Quijote de la Mancha* agudos pa-



sajes de crítica literaria -sobre todo el diálogo entre el cura y el barbero en el escrutinio de la biblioteca del ingenioso hidalgo- es propio de un autor con una buena formación cultural, al fin de cuentas “los judíos conversos pertenecían en la España del Siglo de Oro a una minoría culta y muy activa intelectualmente” (p. 23).

En *El Callejón de Cervantes* la ficción juega a inventar que en la época de cautiverio el protagonista conoció a Sancho Panza, a quien inmortalizó con su obra: “Muchos años después me di cuenta de que gracias a mi encarcelamiento en Argel había conocido a mi segundo más famoso personaje de ficción” (Manrique, 2011, p. 165). Su primer más famoso personaje de ficción, en todo caso, no sólo era un héroe paródico para burlarse de las novelas de caballerías, sino que también tenía mucho de la piel aventurera de su propio creador, de las empresas quiméricas del padre de Cervantes, de tantos utopistas queriendo demostrar que, aunque los tiempos de los cañones eran raros y adversos, todavía existía espacio para el amor, la ensoñación y las ganas de enderezar entuertos. Tras las prendas y curiosa armadura de don Quijote están las huellas del hombre enemigo del encierro, quien transitó por los senderos de la Mancha, dentro y fuera de fronteras españolas.

Dice Sancho Panza en la primera parte de *Don Quijote*: “Cada uno es hijo de sus obras” (Cervantes, 2008, p. 489). Los personajes de ficción no escapan a esta consideración: Don Quijote es hijo de Cervantes, de sus migraciones, aprendizajes, interacciones con el mundo, desencantos y esperanzas. Harold Bloom en *El canon occidental* resalta al respecto: “Ningún escritor ha establecido una relación más íntima con su protagonista que Cervantes” (2002, p. 142). Por eso “Don Quijote, al igual que los judíos y los moros, es un exiliado, pero a la manera de los conversos y moriscos, un exiliado interior. Don Quijote abandona su pueblo para buscar su patria espiritual en el exilio” (p. 144). Lo mejor de Alonso Quijana fue su locura y ganas de romper con el encierro para aseme-

jarse a los personajes de sus novelas de caballerías, pues, de lo contrario, hubiese sido un viejo cincuentón, soltero y virgen en espera de la piedad de la muerte. A ésta ha de rebelarse como Don Quijote. De ahí que Unamuno postule que “su locura es una cruzada contra la muerte” (citado por Bloom, 2002, p. 141), una locura con ansias de caminos, de libertad, heroísmo, bondad e intenciones mesiánicas de redimir en su figura a todos los amantes de la literatura porque él es “Santo Patrón de los lectores” (Pedro Salinas, citado por Del Paso, 2004, p. 166).

El Quijote, de acuerdo con la ficción de Jaime Manrique, tiene mucho de Cervantes, de su padre y un pariente de su esposa Catalina Palacios, llamado Alonso Quijana, quien había enloquecido “de tanto leer libros de caballería” (Manrique, 2011, p. 294). A Quijana, como al Manco de Lepanto, los culpaba la familia de la esposa de Cervantes de desinteresados por los asuntos de la hacienda y dilapidadores del tiempo en la lectura. En la novela, la suegra de Cervantes lo insulta comparándolo con Alonso Quijana, cosa que, en vez de ofender al yerno, lo exaltaba pues habría de escribir sobre él, homenajeándolo, homenajeándose:

Era como si hubiese empezado a transformarme en Alonso Quijana, a convertirme en su doble, al igual que, estaba seguro, yo tendría mi doble en algún lugar de la tierra en este mismo instante, y tendría uno -no, uno no, sino legiones de ellos- en el futuro, en los siglos por venir, que pensarían, sentirían y soñarían como yo (p. 303).

Quijana es visto como una suerte de aleph borgesiano que contiene a Cervantes y a hombres de todos los tiempos, sean estos aventureros o lectores. Ese Alonso Quijana es otro personaje más de los que pasó de la realidad a la ficción (con algunas mutaciones en el trayecto). Expertos cervantistas como Luis Astrana Marín y Francisco Rodríguez Marín señalan que uno de los embriones de la novela de Cervantes fue

Alonso Quijana, quien era el tío de la esposa de Cervantes y cuya casona³ -donde residió el matrimonio Cervantes- se encontraba en Esquivias. El Hidalgo Don Alonso Quijada Salazar se obsesionó con las novelas de caballería, enloqueció y, tras recuperar la “razón”, terminó sus días como fraile. Los conocedores de la obra de Cervantes resaltan que el novelista, para evitar el encono de la familia de su esposa, evitó poner a su personaje ficcional el nombre completo del hidalgo de Esquivias. Optó por dar al Alonso ficcional un aura de incertidumbre: “Quieren decir que tenía el sobrenombre de ‘Quijada’ o de ‘Quesada’, que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana” (Cervantes, 2008, p. 28).

En *El callejón de Cervantes* Sancho es, como en Don Quijote de la Mancha, encarnación del humor, sabiduría popular y amistad sin orillas. Prisionero en Argel, enseña a sobrevivir a Cervantes: “Sancho fue como un Virgilio para mí” (p. 156). Los amigos separados por el desierto en uno de los intentos fallidos de fuga se reencuentran décadas más adelante en suelo español. Sancho le agradece por hacerlo parte de la ficción y lo motiva a una segunda parte de Don Quijote de la Mancha:

Sin tardanza, mi viejo y querido amigo, es menester que le urja a continuar las aventuras de Don Quijote. Póngalo en camino a Zaragoza, montando a Rocinante, el caballo más noble de todos los que han existido. Y casi no me importa si lo hace conmigo o sin mí como escudero. Digo todo esto, don Miguel, no porque tenga hambre de mayor fama, sino porque esa grave injusticia cometida contra usted por ese ladrón infame, el maldito de Fernández de Avellaneda, debe ser resarcida (p. 307).

Alonso Fernández de Avellaneda ocupa bue-

3 Inaugurada como Casa Museo Cervantes en diciembre de 1994. Para mayor información al respecto puede visitarte la página del Ayuntamiento de Esquivias: http://www.esquivias.org/galeria/casa_cervantes.htm

na parte de las páginas de la novela de Jaime Manrique. Publicó en 1614 su libro *Nuevas andanzas del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Su identidad obnubiló a críticos literarios, historiadores y paleógrafos que han tratado de descifrar la persona oculta tras ese seudónimo⁴.

Luis Lara corresponde a una invención del autor colombiano. El personaje es un aristócrata y castellano viejo. Por celos de saber a su esposa enamorada de su amigo Cervantes, dedica su existencia a arruinar los proyectos del otro. Gracias a sus dignidades burocráticas y al favor de la Corona, impide a Cervantes obtener una pensión como herido de guerra tras su liberación y retorno a España. Mueve influencias para no dejarlo trabajar en Cartagena de Indias. Contrata, incluso, un espía que sigue al escritor cuando éste es recaudador de granos para los soldados de la Armada Española. Su odio acérrimo contra Cervantes lo lleva a sacar un libro sobre don Quijote bajo la pretensión de superar al original. Desconocía que su afrenta provocaría una bella segunda parte de Don Quijote de la Mancha. Su libro apócrifo permanece apenas como una curiosidad literaria.

En la ficción de Jaime Manrique, Luis Lara parece por los mismos días de fallecimiento de su rival, inmensamente rico pero lleno de envidias y resentimientos. En cambio Cervantes, pobre y auxiliado por las monjas del Convento de Trinitarias Descalsas, muere con el presentimiento de la inmortalidad. Ya su obra era leída en varias latitudes y vislumbra que en el futuro

4 Martín de Riquer, desde la década del sesenta del siglo XX, postuló en varios textos que el posible autor oculto tras el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda es Gerónimo Pasamonte, un soldado compañero de Cervantes y autor de una autobiografía. Se había indignado de que Cervantes lo refigurará poniéndolo como bandido en la primera parte de don Quijote bajo el nombre de Gines de Pasamonte. Como una suerte de venganza, atendiendo a planteamientos de Riquer, Gerónimo de Pasamonte publicó *Nuevas andanzas del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Riquer, incluso, se atreve a trazar afinidades de estilo entre la autobiografía de Pasamonte y la novela apócrifa. No obstante, existen otras posibilidades frente a quién sería el hombre bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda: “Hay quien lo identifica con Ruíz de Alarcón o Tirso de Molina; con Francisco de Quevedo o Alonso de Castillo Solórzano; con Paravicino, López de Ubeda, con el mismísimo confesor del rey, el padre Aliaga; con Blanco de Paz o con el propio Miguel de Cervantes” (Lacarta, 2005, p. 241).